



## PRÓLOGO

**L**uvia, rayos, truenos. La gran tormenta rugía en la oscuridad de la noche. Los rayos atravesaban el cielo, y tras ellos, muy de cerca, los poderosos truenos retumbaban, despertando ecos en el valle; un valle olvidado por el tiempo, en el que tan sólo unas pequeñas ruinas delataban la existencia de una antigua civilización. Entre ellas apenas se reconocía ningún edificio, pues sólo un amasijo de despojos en forma de círculo, capturados por la maleza, evidenciaban su presencia.

Pero entre medio de estas ruinas, se alzaba una estructura rectangular que destacaba en todo el valle, y no por su ubicación, pese a encontrarse justo en el centro de las ruinas, ni por la inquietante ausencia de maleza que cubría toda la zona. Destacaba porque sobre ella, una gran esfera brillaba en la noche como si desafiase a la gran tormenta, respondiendo a cada relámpago con un destello que aumentaba su intensidad a medida que estos se acercaban a ella. De repente, como si un gran poder mandase sobre ellos, los relámpagos empezaron a formar un círculo alrededor de las ruinas, al principio grande y espaciado pero, conforme iban acercándose, parecían aumentar su intensidad y su tamaño, y el tiempo que transcurría entre cada uno de ellos era cada vez menor. Llegaron al claro de la plataforma, y la velocidad y la intensidad eran tales que el día parecía haberse adueñado de la zona, y el estruendo que provocaban los truenos era tal que todo el valle parecía estremecerse. De repente, sin previo aviso, todo acabó. La oscuridad volvió a reinar. Los ecos de los truenos se desvanecían en la noche como si quisieran transportar su sonido al resto del mundo. Sólo la lluvia parecía insistir en adueñarse de todo el valle.

Pero de repente, un gran relámpago atravesó la noche. Tenía tal intensidad, que iluminó la oscuridad reinante, de forma que durante un momento las ruinas se vieron con total nitidez, como si la noche fuese día, y que hizo que toda la zona pareciera estar expectante ante el terrible trueno que sin duda lo seguiría.

Pero éste nunca llegó.

En su lugar, un rayo cayó en el centro de la esfera brillante, y una gran explosión se elevó en la oscura noche como si tratara de ocupar el lugar del trueno anterior.

Y cuando los ecos de la explosión se apagaron y el humo producido por ella empezaba a disiparse, allí surgió él.

Una silueta oscura apareció en el lugar donde hacía siglos que nadie ponía el pie. Vestía una túnica azul oscuro con una capucha que intentaba, sin mucho éxito, protegerle de la lluvia que le azotaba el rostro. Un rostro que, con un nuevo relámpago, se iluminó lo suficiente para percibir que se trataba de un hombre adulto, de mediana edad; un rostro en el que destacaba una pequeña barba corta, blanca, al igual que el resto del pelo de su cabeza; un rostro que denotaba desconcierto, confusión ante lo que le estaba sucediendo.

—¿Por qué? —susurró mientras, abatido, se dejaba caer de rodillas. Apoyando las manos en el suelo, volvió a repetir su pregunta, aunque en un tono más alto—. ¿Por qué?

Con un gesto de pesar, golpeó con un puño la tierra enfangada sobre la que se posaba, repitiendo sin parar la pregunta que había surgido de sus labios.

—¿Por qué? ¿Por qué de nuevo? ¿Por qué nos obligas a pasar por esto otra vez?

Las preguntas se sucedían, mientras el pesar daba paso a las lágrimas de frustración, y con ellas, como casi siempre ocurre, a la ira.

—¡No es justo! —gritó a la oscuridad—. ¡Ya hemos cumplido! Acabamos con él, ¿no? Ella también fue derrotada. ¡Nos merecemos el descanso! ¡Acaso no hemos pagado ya suficiente? ¡Nos lo merecemos!

Levantándose del suelo, se echó hacia atrás la capucha y, cerrando los ojos y levantando la cabeza, dejó que el agua corriese por su cara libremente. De repente, un escudo invisible pareció proteger al hombre, pues las gotas se detenían a escasos centímetros de su rostro. Extendió el brazo derecho, como si estuviera agarrando un objeto, y en su mano surgió, donde antes no había nada, un bastón. Un bastón de madera no

muy largo, que apenas le llegaba a la cintura, pero cubierto por completo por runas ininteligibles, desde abajo hasta su cabeza, donde se ovalaba notablemente. La rabia invadía por completo al mago. Agarrando con fuerza el bastón con las dos manos y atrayéndolo hacia sí, el mago empezó a salmodiar una letanía una y otra vez. De pronto, el bastón comenzó a brillar levemente por su cabeza ovalada, de tal forma que parecía que había algo encerrado en su interior. Pronto, el brillo fue tal que no se podía mirar directamente al bastón, pero al mago no le importaba. Con voz potente desafió a la tormenta desatada a su alrededor.

—¡Maldito! ¡Maldito seas para siempre por lo que hiciste!

Y diciendo esto, clavó el bastón en el suelo, y, al levantar los brazos por encima de su cabeza, un haz de luz surgió de sus manos, atravesando serpenteante la noche en busca de las estrellas; un haz de tal poderío que la tierra que sostenía al mago se resquebrajó, de forma que aparecieron grietas en el lugar donde se apoyaba. Durante momentos, la energía siguió surgiendo de las manos del mago hasta que, tan repentinamente como había empezado, terminó.

El hombre cayó de rodillas al suelo, y, mientras apoyaba sus manos en el bastón, las gotas de lluvia volvieron a golpearle con fuerza. Sacudió la cabeza con repentina tristeza, mientras una risa carente de alegría surgía de su garganta y se extendía por las ruinas.

—Parezco estúpido —se recriminó, dejando de reír—. Todavía sigo haciendo las cosas sin pensar. Ahora mismo habrá alguien que se estará riendo a mi costa ahí arriba, ¿verdad? —dijo, levantando la vista, como si hablase con alguien. Apoyó la cabeza en las manos que sostenían el bastón, y dejó que la lluvia le continuara calando durante unos momentos más. Cuando por fin se levantó, la mirada de sus ojos se había tranquilizado, reemplazada por otra de resolución. Miró alrededor, como si de repente se hubiera acordado de que algo faltaba, y durante un rato pareció como si buscara a alguien o a algo. Observó el lugar en el que se encontraba, buscando alguna señal orientadora. Observó la esfera que aún brillaba levemente, pero la ignoró. Al estudiar las ruinas, observó el único arco que todavía se mantenía en pie, parte sin duda de una estructura mucho mayor, ahora desaparecida, y de repente, el mago asintió, como si ya supiera lo que tenía que hacer. Pero una sombra de preocupación surcó su rostro, pues había algo que parecía que no le cuadraba del todo, y se entretuvo durante un rato más, buscando algo entre las ruinas. Pero al fin, pareció desistir, pues sacudió la cabeza y se centró en la observación de la esfera.

Mirándola con fijeza, el mago se concentró, sujetó el bastón con fuerza y, cerrando los ojos, recitó:

—¡Por el poder de vuestros nombres, por el poder de la maldición que pesa sobre vosotros y por aquel que me lo concedió, yo os invoco! —mientras decía esto, un aura de energía del color del sol le fue cubriendo a él y al bastón, hasta rodearlo por completo. Abrió los ojos y, señalando al lugar donde estaba la esfera, pronunció un nombre.

—Thorvik sem Thörgalf.

La energía que estaba contenida en él salió a través del bastón y surcó la noche en dirección a la esfera. En el instante en que se juntaron, otro haz de luz volvió a inundar la noche, tratando de adueñarse de ella. Mientras se apagaba la luz, el perfil de una persona fue surgiendo de la esfera, y un bárbaro de aspecto magnífico salió de ella y se quedó mirando al mago con unos ojos inexpresivos.

Sus largos cabellos rubios resaltaban en la negra noche, pese a que segundos después de salir los tuviera completamente mojados, al igual que los poderosos músculos que, sin prácticamente nada que los cubriera, brillaban mojados bajo la luz de los relámpagos.

Sin decir ni una palabra, bajó de la plataforma y se dirigió hacia donde estaba el mago, que lo esperaba con el bastón todavía brillante. Se detuvo frente a él y se le quedó mirando muy fijamente. Unos ojos aún más fríos que los suyos le aguantaron esa mirada hasta que, sin poder evitarlo, apartó la vista y se colocó a su lado.

El mago volvió a dirigir la mirada a la esfera, y volviéndola a señalar con el bastón, dijo:

—Gildarion danair hin Telvanyar.

Lo que surgió esta vez de la plataforma no podía tratarse de un hombre, pues ningún humano era tan perfecto como el ser que en esos momentos se acercaba en dirección al mago. Tenía el aspecto de un Dios joven al que nunca se le había negado nada. Incluso sus ropajes relucían y destacaban en la oscuridad. Sus rasgos eran finos y delicados y sólo al ver sus orejas, ligeramente puntiagudas, era posible vislumbrar que lo que se encontraba frente a ti era un elfo.

—Hola, mago —saludó Gildarion con una voz musical pero firme, sin importarle lo más mínimo las gotas de agua que caían por su rostro.

—Bienvenido, hijo de Telvanyar —le respondió.

El elfo saludó con la cabeza al guerrero mientras se ponía al otro lado del mago. Una vez allí, cogió la capucha de su capa verde y se cubrió la

cabeza, tapando su rostro por completo. Mientras, el mago ya había dirigido su bastón por tercera vez hacia la plataforma mientras decía:

—Aslara sem Belerininor.

Una mujer salió esta vez de la esfera; una mujer de una belleza increíble, cuyos negros cabellos ondearon al viento como si reclamaran la libertad, y con unos ojos negros tan penetrantes como la espada que se ceñía a su cintura. Esos ojos negros se fijaron en el grupo que se reunía delante de ella, y, sin decir nada, descendió de la plataforma con una gracia felina y se encaminó hacia donde estaban ellos con unos andares que delataban tanto su feminidad como su innata agilidad y destreza. Sin posar la mirada en ninguno de ellos, la mujer se situó al lado del guerrero y se quedó mirando al frente, en dirección a la plataforma, con mirada ausente, a solas con sus recuerdos.

El mago, que en ningún instante había desviado la mirada de la plataforma, por cuarta vez pronunció un nombre:

—Derain lök Sorin.

Una pequeña figura se distinguió entre las sombras de la plataforma. Un personaje de poco más de metro veinte de altura surgió de la esfera, pero sólo con verle una vez quedaba claro que su estatura era lo único pequeño que tenía.

El enano que apareció poseía una constitución increíble. Sus músculos, fuertes y bien formados, se podían apreciar debajo de una magnífica cota de mallas que le cubría el pecho. Unos brazos curtidos en muchas batallas sostenían una gran hacha de combate de doble filo, y, en su rostro, una barba gris delataba una cara madura por la que la juventud hacía mucho tiempo que había pasado. Con un poderoso salto, descendió de la plataforma y se dirigió al lugar donde lo esperaba el mago, al que se le quedó mirando con unos ojos que, a diferencia de los otros, delataban más tristeza que dolor.

—¿Qué sucedió, Ralish?

—Más tarde, Derain —respondió el mago, sin devolverle la mirada. El enano se quedó mirándolo fijamente.

—Espero que esta vez sea diferente —susurró.

—Yo también, Derain —respondió el mago, devolviéndole esta vez la mirada.

El enano se dirigió al fin al lado del elfo, para contemplar cómo el mago continuaba la invocación. Éste volvió a dirigir el bastón hacia la esfera, pero cuando estaba a punto de decir un nombre, pareció dudar, y

bajando el bastón, se quedó pensativo un momento, hizo un gesto de negación con la cabeza mientras suspiraba, y levantando el bastón de nuevo, dijo:

—Galvain sem Calidem.

Una exclamación de sorpresa surgió de los presentes, mientras un nuevo rayo de luz surgía del bastón. Todas las miradas se dirigieron al mago, mientras un gran relámpago volvía a convertir la noche en día. La mujer dio un paso en dirección al mago mientras el trueno volvía a ignorar la llamada del rayo, y el bárbaro detuvo el avance de la mujer sujetándole los hombros mientras, por última vez, de la plataforma surgía un hombre.

Pero éste tampoco era un hombre cualquiera. Su cara irradiaba un sentimiento de determinación, valor y majestuosidad como pocas veces se había visto en este mundo, y, si se había visto, hacía ya mucho tiempo, y no precisamente en este lugar. Su mirada se dirigió al grupo que lo esperaba bajo la lluvia, y al momento notó que algo iba mal.

El bárbaro sujetaba a la mujer, mientras ésta no dejaba de mirar al mago.

El elfo, al tener el rostro escondido bajo la capucha, parecía ajeno a los acontecimientos.

El enano le devolvió la mirada con afecto, aunque con una pregunta en sus ojos.

Y el mago.

Con paso erguido, lentamente se fue aproximando al lugar donde, con expresión de cansancio y apoyándose en el bastón, lo esperaba el mago.

—Otra vez nos has reunido, Ralish.

—Así es, caballero.

—Falta uno —objetó.

—Sí. Falta uno.

Por el rostro del caballero cruzó una expresión de dolor que sólo duró un momento.

—Esta vez, todo será diferente —dijo en voz baja el caballero mientras se daba la vuelta y miraba hacia la plataforma.

Todos permanecieron en silencio e imitaron el gesto del caballero mientras a su alrededor la tormenta rugía con toda su intensidad y la lluvia mojaba sus rostros, llenos de valor y determinación.



LIBRO I  
EL DESPERTAR

A decorative rectangular frame with ornate, symmetrical scrollwork flourishes extending from the corners. Inside the frame, the word "INTERLUDIO" is written in a simple, uppercase, sans-serif font, centered horizontally and vertically.

## INTERLUDIO

«**L**uvia. Me despierto con la lluvia. Cabalgo hacia mi muerte, la lluvia golpea mi rostro. Pero eso no puede ser. La máscara me protege. ¿Llevo la máscara puesta? No logro acordarme. ¿Qué es esta humedad que noto en mi rostro? Me toco la cara y noto el familiar tacto de mi máscara, pero algo cae por mi cuello. Palpo mi cuello ciegamente y me llevo los dedos a la boca. Sangre. Mi sangre. Trato de recordar dónde me he herido, mientras las ramas de los árboles del bosque golpean mi cuerpo. ¿Qué hago yo en un bosque? Mi querido Heryo me está llevando. ¿Heryo? ¿Qué dices? No puedo agarrarme a tu mente. Me caigo. Sí. Caigo. La lluvia golpea mi rostro mientras caigo. Agua. Caigo. Recuerdo haber caído durante mucho tiempo. ¡Sí! Yo estaba en la ciudad, luchando contra sus soldados. Los soldados del asesino. El asesino de mi pueblo, de mis amigos, de mi hermano. He de matarle; a él y a su Rey. No, ya es tarde para eso. Él. Tengo que matarle. La maldición me obliga. Pero no, ya lo he matado. ¿Seguro? Le arrojé mi daga. Ha muerto. No. Fallé. Pero eso no es posible. ¡Oh, Goi, ayúdame! Tengo que curarme. Estoy herido. Guron, hermano mío, he fallado. Te he fallado a ti y a todo nuestro pueblo. Voy a morir. ¡No! ¡No puedo morir! Soy la esperanza de mi pueblo. Era una trampa. Todo es una trampa. Son demasiados. He de huir. ¿Pero adónde? Que Goi me guíe. Caigo. Latz me encontrará. No, Latz está muerto. No, no lo está. Lo noto. La maldición me lo está diciendo. La maldición. ¡La maldición! Sí, lleva la maldición de los duark. Me quité la máscara, así que debe morir. Pero, entonces, ¿llevo la máscara puesta? No logro acordarme. Me toco el rostro y noto el tacto familiar de mi máscara. Pero algo cae por mi cuello. Sangre. Mi sangre...».



## CAPÍTULO I

### EN EL HOGAR DEL ÚLTIMO AVENTURERO



Llovía. Hacía mucho tiempo que no llovía de esa manera. Por lo menos, eso opinaba Jarvil, el posadero, mientras veía con desagrado cómo por quinto día consecutivo la lluvia atacaba sin compasión la débil estructura de su posada, *'El Hogar del Último Aventurero'*. Ya había provocado las suficientes goteras como para que algunos clientes no se quitaran sus capas con capucha ni cuando estaban dentro de la posada. «Bueno —pensó Jarvil, consolándose—, por lo menos, en cuanto a clientela se refiere, tiene un buen aspecto». Jarvil volvió su mirada hacia la parroquia de su posada, y sonrió satisfecho al ver tantas caras conocidas.

Esa noche la posada tenía bastantes clientes, teniendo en cuenta lo lejos que se encontraba de cualquier ruta principal. Alrededor de veinte personas se reunían esa noche bajo su techo, un número inusual, pero comprensible debido a las circunstancias.

En la región ocurrían sucesos extraños, y la gente de la comarca estaba asustada. Personas desaparecidas, granjas saqueadas, oscuras figuras caminando por la noche eran, entre otros muchos rumores, las noticias que llegaban a la posada cada día. Jarvil oía este tipo de rumores, y otros mucho más fantásticos, a diario, y pese a no hacer caso a la mayoría, sabía que algunos eran ciertos. Por algo Jarvil había sido aventurero durante más de veinte años, recorriendo tierras civilizadas y bárbaras por igual, llegando a sitios y viendo cosas mucho más increíbles que lo que cualquiera de los hombres de la región hubiera podido nunca soñar. La gente sabía que Jarvil había sido aventurero, y también sabía que él era la primera persona de toda la comarca que se enteraba de todo lo que sucedía, por lo que venían a enterarse de noticias.

La otra razón era más importante todavía. Jarvil era un cuenta cuentos, y aunque él era demasiado modesto como para reconocerlo, su fama se extendía a lo largo de todo el Reino de Equilan. Todas las noches contaba una historia a sus parroquianos, y su repertorio parecía inagotable. A Jarvil, aunque trataba de ocultarlo, le agradaba cuando le alababan por sus cuentos, y era una de las razones por las que hacía diez años, al ver que se hacía mayor, había abandonado los caminos para abrir una posada acogedora, de las que a él siempre le gustaron, con un nombre algo sencillo, pero práctico, *'El Hogar del Último Aventurero'*; un homenaje que se hizo a sí mismo, con una pizca de vanidad a la hora de elegirlo, eso sí.

Con una parroquia que noche tras noche siempre era la misma, la posada se encontraba algo lejos de las principales rutas del Reino de Equilan, que más al sur atravesaban sus territorios, de este a oeste, hasta llegar al colindante Reino de Brerinn, o bien se alejaban en dirección a la hermosa ciudad portuaria de Easis, también llamada la *Frontera de los Mundos*, pues se encontraba al sur de la gigantesca cordillera que dividía en dos al mundo, y era paso obligado si se quería visitar alguno de los lejanos y exóticos reinos del este. Pero la posada no se encontraba tan lejos como para no estar bajo la protección de los soldados del rey Eilorn de Galador. Pero, ¿qué pasaba últimamente en Galador? ¿Por qué el Rey permitía todas estas cosas? Éste era el comentario principal desde hacía varios meses en la posada de Jarvil, y ni siquiera sus historias lo graban apartar durante mucho tiempo las preocupaciones de la mente de sus parroquianos. De esta forma, a la posada cada vez llegaba más gente desconocida de fuera del reino, y no siempre era gente que agradase al posadero, ya que no sólo eran mercaderes o aventureros como lo había sido él, sino que empezaban a aparecer soldados extranjeros, guerreros, mercenarios y hombres expertos en armas de toda condición; tal y como pasaba esa noche.

Jarvil se dirigió velozmente hacia la barra para atender a los clientes que pedían comida y bebida, mientras se fijaba en uno de los extraños que había llegado en ese día tormentoso. Hacía más de dos horas que el personaje esperaba sentado en la mesa más apartada y oscura de la sala, leyendo un libro sin apenas visibilidad. Apenas se podía distinguir la túnica azul oscuro en toda su figura, pues tenía la capucha echada sobre su cabeza, aunque Jarvil dudaba que en este caso tuviera relación alguna con la lluvia. Retirando la vista con premura, Jarvil continuó con sus deberes, sin prestarle más atención, pues él más que